

COVADONGA: TERRITORIO NATURAL Y ESPACIO SACRO

ANDRÉS MARTÍNEZ VEGA (COORD.)



REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

Colabora:



CABILDO DEL REAL SITIO DE COVADONGA



© REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS*

Plaza de Porlier, 9 - 1.ª planta
33003, OVIEDO

Teléfono: 984 18 28 01

Correo electrónico: ridea@asturias.org

© De los textos, sus autores

© De las ilustraciones, la referencia que se indica

ISBN: 978-84-123122-5-6

Depósito legal: AS 00333-2021

Imprime: Imprenta Mercantil Asturias, S. A.

COVADONGA: TERRITORIO NATURAL Y ESPACIO SACRO

ANDRÉS MARTÍNEZ VEGA (COORD.)



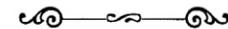
REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

Oviedo, 2020

ÍNDICE

Introducción: <i>Andrés Martínez Vega</i>	9
Nosotros somos nuestras montañas (hacia la recolonización de las montañas españolas) <i>Jaime Izquierdo Vallina</i>	11
Las visitas regias al Real Sitio de Covadonga <i>Ana Lobeto Álvarez</i>	31
Sentidos y sentimientos de la montaña: perspectiva verbal tras las palabras de los pastores por Los Picos <i>Xulio Concepción Suárez</i>	51
Religiosidad culta y piedad popular en el Real Sitio de Covadonga <i>José Luis González Novalín</i>	87
La historia y Covadonga <i>Isabel Torrente Fernández</i>	107
Aspectos geobotánicos del Parque Nacional de los Picos de Europa <i>Tomás Emilio Díaz González</i>	127

Sentidos y sentimientos de la
montaña: la perspectiva ver-
bal entre los pastores de Los
Picos



Xulio Concepción Suárez
Cuadonga, 2016

“El objetivo de la educación es enseñar a los estudiantes a mirar la tierra, a entender lo que ven y a disfrutar lo que comprenden”.

(ALDO LEOPOLD)

CONTENIDOS

Anotación previa

Al escuchar el lenguaje de los pastores (el léxico y el toponímico), lo primero que nos sugiere es su capacidad de precisión desde tiempos remotos, a la hora de describir cada trozo de suelo que usaban para algo entre tantas peñas y breñas; o que les servía para sobrevivir en entornos montañosos tan hostiles tiempo atrás. Todavía hoy, con relativas tecnologías, la vida de los pastores tras el ganado no es la vida urbana, con sus ocho horas de trabajo, sino que sigue siendo una vida dura lejos de las comodidades de un poblado.

El lenguaje toponímico pastoril, se diría que comienza, así, por el uso de los sentidos como herramienta verbal en su actividad diaria: las palabras más usuales proceden, en buena parte, de raíces antiguas (prerromanas, latinas...), pero se diría que las fueron cargando de matices sensoriales para comunicarse entre ellos; y transmitir sus saberes del entorno a nietos y herederos. Surge así una especie de gramática toponímica, cargada de prefijos, sufijos, adjetivos, adyacentes, sintagmas, con matices sensitivos. Las palabras miden el paisaje con el prisma sensorial (sentimental, en ocasiones) de sus pobladores en cada estación del año.

Paisaje interior y paisaje exterior de una mirada pastoril en la montaña

Se diría que los nativos de las montañas nos fueron traduciendo el paisaje exterior (abrupto, penoso, unas veces, la mayoría; agradable

otras...), al paisaje interior que llevan como pastores desde la infancia: los sentimientos que les producen el suelo y el cielo, al usarlos, al contemplarlos, al vivirlos cada mañana. Incluso, no tendrían hoy los mismos pastores la misma mirada que sólo medio siglo atrás, sin los medios ahora a su alcance: transporte, alimentos, vestido, atención sanitaria, si hacía falta... Su paisaje interior sería bien distinto: incomprensible para un turista, un dominguero, un urbano, por ejemplo, de excursión por Los Picos en estos tiempos.

En el presente trabajo intentamos acercarnos a aquella perspectiva interior pastoril, que hizo posible este paisaje verbal tan rico y complejo que, en buena parte, sigue vivo, cuando tenemos la suerte de escucharlo en el silencio de alguna cabaña; o al paso por los senderos con ellos tras el ganado. Y, así, por sus palabras (léxicas y toponímicas) intentamos acercarnos a sus afectos y desafectos con el terreno: el valor o el peligro de las peñas; la comodidad de una collada; la oportunidad de un jou más pequeño en la caliza, a esas alturas tan escasas en manantiales, pero con la niebla asegurada cada atardecer.

Es la otra lectura interior del corazón de la montaña: sus pensamientos, sus sentimientos. Con toda razón, los pastores pueden asegurar sin titubeos: “Nosotros somos nuestras montañas”, -en palabras de Jaime Izquierdo para su charla anterior en este mismo ciclo.

Porque eran otras las peñas, las mayadas, leñas, las nieblas...

Sería esa otra parte de la historia pastoril que rara vez pasó a los libros, pues se la lleva consigo cada pastor o pastora, cuando cierra por última vez la puerta de su cabaña. Cuando ya no vuelva a su mayada. Seguirán viniendo sus herederos, pero que nunca van sentir la mayada ni las peñas ni las aguas, ni las nieblas, ni las leñas..., como ellos las sintieron siglos, milenios atrás. Sólo sus palabras y sus topónimos quedaron para contarlos. Pues, como dice Marcellin Berot (2002: 17):

“Il y a bien des manières de raconter la vie des hommes du passé. Il y a les livres écrits par de savants auteurs. Il y a les manuels d’histoire... Il y a enfin les choses elles mêmes -el les lieux- qui avec une fidélité étonnante rancontent à leur manière l’histoire des hommes... Les noms de lieux... font partie de notre patrimoine sacré au même titre que tout ce que nous ont laissé nos ancêtres”.

Afectos y desafectos: sentimientos traducidos a palabras

Hay, pues, una lectura inmemorial del territorio con los cinco sentidos: con todos los sentidos, desarrollados entonces para sobrevivir sin las relativas comodidades y seguridades de hoy en las montañas. Los pobladores de antaño tenían otros hábitos; a juzgar por sus palabras y sus topónimos, se deduce que observan, escuchan, palpan..., diariamente las formas del terreno que les permiten aprovecharlo para la subsistencia diaria: defensa, asentamiento, alimentación, rastreo de animales, peligros..., entre tantos jous y tantas peñas; o en días de nieves o de tormentas.

Y, desde los sentidos, los nativos fueron tallando sentimientos en palabras y nombres del suelo; fueron describiendo toda una vida personal y familiar progresivamente más rica con el tiempo; desarrollando una necesidad religiosa en los momentos de riesgo, o ante las dudas del pensamiento y el misterio inexplicable de los fenómenos atmosféricos.

Es, en definitiva, la explicación histórica, a su modo, de los sucesos (o de los supuestos) a las generaciones sucesoras; la descripción metafórica de un paisaje con la medida del cuerpo humano para casi todo (la figura humana, las figuras animales...); la solidaridad comunal: la inevitable necesidad de convivir y compartir trabajos colectivos, pastos, vertientes de las montañas... La vida afectiva en las palabras y expresiones seleccionadas.

A) Sentidos

1. El sentido visual

Mucho debieron valorar los humanos el juego de las luces y las sombras a la hora de controlar su paisaje habitado. Bien habían de marcar los lugares más sombríos, para prevenirlos: por ejemplo (aunque un poco más al oeste de Picos), La Collá Nochendi (la collada de Ponga, entre Biamón y el valle del río Santagustia), donde -al decir de los lugareños- baja una línea de *nublinas* frecuentes que dificulta los trabajos tantas veces, ya desde poco más de mediatarde; o se mantienen nieblas más intensas, mientras sigue despejado valles abajo sobre las profundidades de Los Beyos.

Ya en tierras cabraliegas, es el caso de El Colláu Tebrandi, sobre el valle de Carreña y Asiegu, que marca la barrera inferior de las nieblas

de Cuera, persistentes en estacionamiento circundante a todo el monte tantas veces. Y de nombres parecidos por toda la toponimia asturiana: Tenebréu, El Tenebral, La Riegal' Tenebrosu... Siempre lugares más o menos oscuros, tal vez influidos al tiempo por ciertas corrientes de aire sobre los valles profundos; y por las pendientes muy marcadas que impiden la luz del sol parte del año. Con otros adjetivos, son evidentes nombres como Joyu Oscuro, y semejantes.

El lenguaje toponímico de Picos (con su parte cántabra incluida) es muy expresivo en su aspecto sensorial: su geografía tan escarpada y variable, da ocasión a todos los sentidos, y al de la vista en especial. Hasta quedó sobre ciertos lugares esa obsesión por la vista, por la visión imprescindible en la inmensidad de la montaña, siempre marcada más o menos por las distancias.

Es el caso de la palabra *ciego*: en realidad, invidente, que no ve; pero ya entonces también, 'sin luz, oscuro, sombrío, tenebroso, escondido, oculto'; es decir, lo que no vemos por las razones que sean: bien porque no somos capaces nosotros de verlo; o bien porque el paisaje, el suelo, el terreno no deja verlo. El caso es que no lo podemos ver: resulta un lugar ciego.

Y así, La Torre Ciega, La Canal Ciega, El Colláu Ciegu, La Mayada Ciegu (en Obar); en este caso, con esa falta de concordancia en el género, pues no es que sea ciega la mayada, sino algún punto concreto que a los pastores les preocupaba en especial; *la mayada del (lugar) ciego*, oculto desde una posición que no les permitía ver. O Valdelosciegos (sobre Soto Sajambre): simples lugares empozados respecto a las sendas principales.

El sentido de la vista, en remotos tiempos tan precarios en senderos y caminos, habría de suponer para los pobladores de un territorio el primer recurso de colonización del medio. Los simples colores de suelo ya les daban muchas pistas más o menos indicativas, fidedignas, a distancia. Por ejemplo, La Tinta, Los Tinteros (Peña Maín): el color de algunas vetas negras necesarias para la localización de minerales, extracción de tintes para marcar señales diversas, serrar maderas, teñir ropas...

Como los colores rojizos: Cuarroble (la cueva roja), El Roblu, La Roble..., con esos tonos que indican otro tipo de minerales, suelos move-dizos, que atraen los rayos... Había que mirar bien el suelo que se iba a pisar, ya mucho antes de pisarlo: en la distancia.

2. El sentido auditivo

Escuchar el paisaje: unos y los otros; ganaderos y ganados; usar las condiciones acústicas del terreno para entendernos todos en la distancia; o para entender las informaciones del cielo o del suelo en un lugar concreto. Es el caso de La Voz de los Cabrerros (La Voz del Llaviñeru, para otros), sobre La Jocica y Carombu: sea interpretación popular o no, a partir de otra raíz (indoeur. **wadh-* 'vado, poza', E. Roberts y B. Pastor, 1996, p. 187), los pastores llamaron así al punto concreto del Monte Cabroneru (Sajambre), donde ellos se colocan a una hora de la tarde para llamar al ganado a distancia.

El resultado es que las condiciones acústicas, el chorro de voz, la corriente de aire sin interrupciones ni cruces por el medio, permite al pastor largar sus silbidos, chasquidos, carraspeos..., que cada rebaño entiende de forma inequívoca y acude al punto donde se coloca el dueño, o a la *mayada*.

En otros puertos asturianos queda El Quentu la Voz (Valgrande, Lena), La Voz de Aranga (L' Arcenoriu, Ponga), La Voz de Parriellu (Amieva), si bien con esa alternancia homonímica, posible en algún caso. Y en otras formas sinónimas: El Xiblu, Los Xiblos, La Escucha, L' Escuchaíru, El Partseiru, A Pena Faladoira... O La Bufona, El Retriñon..., donde bien anuncian sus cambios los vientos (bufan); o resuenan (retriñen), impresionan, los truenos en días de tormenta. Las sensaciones de las palabras sobre el terreno.

Hay muchas referencias en los casos citados, pero con funciones parecidas: usar un punto más acústico del terreno para lanzar mensajes de un pueblo a otro en la ladera vecina; atisbar aullidos animales; espiar pasos sigilosos de caza... Escuchar el paisaje, a falta de otros recursos comunicativos tiempo atrás: siempre, más o menos a distancia; ni había muchas formas de desplazarse a cada punto concreto; ni dejaban de utilizar los nativos cada punto del terreno que conocían bien.

3. El sentido gustativo

Los nativos habrían de saborear el paisaje, las cuatro estaciones del año, si querían comer, ellos y sus ganados, junto a casa o en los montes, lo mismo *claba*. Por eso, hay tantas palabras para señalar el lugar de los alimentos más habituales. Sirva el caso de L' Almorzal, La Morzal (Camplengu): de

la *muerza* (la mostayal, el mostajo, *Sorbus aria*), que los pastores parecen relacionar con *almorzar* (comida fuerte de la mañana); es decir, con el lat. *mordere* (morder). Tal vez, para muchos, fuera el único *almuerzu* muchos días por el monte; hasta tenían que disputar las *mostayas* (las *muerzas*) con los ganados, pues también a ellos les gustan mucho estos frutos otoñales. También pudiera tener el topónimo otra etimología anterior (lat. *mustum*, 'vino nuevo'), pero ellos lo interpretaron como L'Almorzal.

Abundan otros más claros, como Las Peruyales, La Canal de la Miel, La Cuchilla la Miel, El Jorcaón de la Miel...; única forma del azúcar al alcance de todos, sin más impuestos que el riesgo de enfrentarse al *truébanu* (al *casiellu*) montés. O Lechugales (sobre Las Vegas de Sotres), no porque hubiera lechugas, imposibles entre aquellas empinadas pendientes rocosas; sino porque usaban como lechugas (a falta de otras en aquellos altos) algunas plantas sustitutivas, como *el diente de león* (a *leituca dos porcos*, que dicen los galegos).

La Vega las Mantegas, El Toyu las Meriendas, El Gustacu...

Ni podía faltar la leche para el queso y las mantegas en las cabañas de los puertos: La Fuente la Leche (en La Beyuga, bajo Jascal, sobre El Casañu), donde se regulaba la leche para mazar, enfriar...; La Vega las Mantegas, La Collada las Mantegas: bajo Belbín, donde se intercambiaban las mantegas con los productos que les subían de Gamonéu y otros pueblos de Onís cada semana (tal vez otras razones del nombre, también). O La Riega Pandescanda (Soto de Valdeón); La Torre'l Regaliz (altos de Áliva); hay regaliz silvestre en varios puertos.

Y hasta El Cuetón de Pocacomida (río Tajadura, Oceño): aunque la poca comida aquí se refiriera, más bien, a la escasez de pasto para el ganado, que iba a repercutir en la escasez de productos para el pastor. La *poca comida* era para todos, sin distinciones, en aquella cadena más ecológica en el sentido original de la palabra.

Pues hasta había El Toyu las Meriendas, porque tampoco era para todo el año el aperitivo de la tarde; la planta (la *quitameriendas*, el azafrán montés, *Colchicum autumnale*) recuerda que, allá por el otoño arriba, con los días más pequeños, ya no hacía falta merienda (no se podía dar, claro); y se juntaba por necesidad con la cena; se aforraba una comida en familias con menos heredades y más bocas a la hora de comer. Sin duda, las meriendas serían un privilegio, tiempo atrás.

En fin, hasta quedó en el lenguaje la interpretación pastoril de los gustos del ganado; no porque fuera ése el sentido original del topónimo, sino porque ellos lo interpretaban así. Es el caso de El Gusto los Caballos (sobre el río Dobra), El Gustacu (Baenu), Gustibiegu (sobre Amieva), El Picu Gustuteru (en Cuvicente, Ariu)... En su referencia primera, simplemente, un *bustu*, como tantos *bustiello*s, *bustietos*...; los lugares quemados para hacer pastos, tierras de *semar* en el monte (lat. *burere*, *bustum*, de donde la simple combustión). Pues de *bustu* a *gustu*, sólo hay un paso fónico muy frecuente en asturiano (un esperado refuerzo gutural). El sabor del paisaje en la perspectiva de los nativos.

4. El sentido olfativo

Algo parecido ocurre con el sentido del olfato: no es que el paisaje siempre huele así, como ellos interpretan, sino que los nativos necesitaban estar atentos a los mensajes posibles del suelo que pisaban; caminan pensando que hay que atender a los olores, aromas, avisos..., que pueda traer el viento desde cualquier dirección. Pueden sacar de muchos apuros o imprevistos sobre la marcha, a falta de otras informaciones previas.

El caso más evidente era el de las culebras, como recuerdan tantos topónimos por cualquier conceyu (Culebréu, El Quentu Culibriru, La Fonte la Culuebra, La Sierra la Culiebra...). Sobre la cuenca del río Cares queda El Colláu el Cuebre, La Canal del Cuebre, El Monte'l Cuebre; con muchas leyendas y fechorías de cuélebres en el tiempo, pero con una remota realidad inicial muy educativa: prevenir a los más jóvenes, a los zagales y zagalas ya desde bien niños, para que fueran por el monte atendiendo a posibles culebras alrededor de los senderos y cabañas. Las *güelas* nos decían –allá por los años cincuenta– que había que untar las chirucas con ajo, para ahuyentar a las *culiebras* por el monte. Y nosotros lo hacíamos por supuesto.

Como había que atender a los mensajes olfativos de cualquier paisaje que se atravesara; simplemente, porque había que dar cuenta en las cabañas a otros pastores, y en casa, de posibles animales muertos por el monte; de camaretas de alimañas, guaridas de lobos (*tsobiniegas*), *xaceas*, lodazales de *xabalinos*... Y así surgiría Carnizoso, tal vez antes, simple voz prerromana **kar-n-* (roca), pero que ellos interpretarían como zonas muy malas donde se despeña el ganado, y allí se iba pudriendo por un

tiempo, con su rastro nauseabundo. Para casi todo, los nativos tienen su explicación, y a su medida.

*Como, tal vez, desde la pedriza a la *podriza, sin más*

O es el caso de tantos lugares como La Cabeza los Podres, La Canal Podre, El Joyu la Podrida, El Jorcáu la Podrida... (Trea). No es que hubiera nada podre (aunque a veces, sí pudiera coincidir), sino que los pastores sabían que se despeñaba el ganado, y había que atender a ver si podría haber algún animal muerto, que ya olierá mal; por lo menos, para descartar otras opciones y dejar de buscarlo ya. La realidad es, en la mayoría de los casos, simple 'piedra suelta', que se deshace con facilidad, como atestigua el mismo nombre de El Jou la Podriza (sin duda, interpretación desde *Pedriza).

Este documento es importante, pues sirve de modelo a tantas interpretaciones lugareñas: **podriza* no es palabra asturiana (ni castellana, ni leonesa, tampoco); no parece que esté en los diccionarios; *pedriza*, sí lo es, en cambio; por ello, desde un simple lugar de piedra suelta (blanda, muelle, molle, *mutsar*...), desde una ladera, vaguada *pedriza*, pasaron a una *Podriza*, prevaleciendo para ellos el terreno malo, peligroso, mortal, para el ganado, sobre el terreno pedregoso. La reinterpretación constante en el sentido va produciendo esos cambios en la misma forma original de las palabras.

En definitiva, el caso era oler siempre el paisaje en la andadura, como recuerda el mismo nombre de Tomavientos (sobre el río Casañu), sin ir más lejos. Los mismos animales están oteando de continuo el viento, para captar sus mensajes inequívocos, en este caso. Y, cuando uno se despeña en la redonda, todos los demás levantan la cabeza, otean con el olfato y se ponen muy nerviosos: la reacción de las vacas en una manada impresionada. Se informan por el viento, sienten sus mensajes y los transmiten con sus códigos específicos en cada caso.

5. El sentido del tacto

La misma piel del pastor o la pastora se traduce en sensaciones de ese paisaje que va palpando por los senderos a lo largo del año, entre la primavera y el invierno otra vez. Era importante el frío, por supuesto, sobre todo, para conservar los productos en las mayadas: El Frieru, La

Friera, Jonfría (la fuente fría), El Sopláu... Allí enfriaban la leche para ponerla a punto y mazar. Como valoraban los lugares más resguardados, o de aguas más templadas: Riocaliente, El Paré Caliente (ladera del Puerto Nava, sobre el río Cares), más soleados en ciertas épocas.

Por razones semejantes, había que calcular los lugares de la nieve y los neveros en unos tiempos tan lejos de neveras y frigoríficos hasta en las cabañas de hoy (¡quién se lo explicaría hoy a los pastores de un siglo atrás...!). El hielo, la nieve, resultaría poco menos que milagrosa en pleno verano, para ciertas enfermedades, sobre todo; y a los neveros acudían para los remedios más inmediatos, enfermedades, urgencias, fiebres... (ruta de los neveros en tantas regiones).

Unos cuantos ejemplos para atestiguarlo: El Neverón, El Neverón de los Albos, El Jou la Nieve, Los Joos de la Nieve, El Paré la Nieve... O Nevandi: lugar más propicio a las nieves, línea inferior que marca la nieve... En otros conceyos, El Pozu la Nieve, Penevera, La Paré las Nieves... Como tantas capillas de las Nieves dedicadas a la Virgen objetivos parecidos: suplicar para que la nieve no desgraciara los ganados por agosto arriba, bajando demasiado pronto en las laderas.

Para ello, el tacto de los nativos calculaba bien el tipo de suelo a cruzar por personas o ganados. Lo dicen palabras como Las Tremas, Las Tremonas..., el suelo que tiembla (tremula), si uno se adentra demasiado: lugares muy lamizos, con aguas subterráneas permanentes, que no secan ni en verano. Si el ganado más goloso se adentra demasiado en busca de las yerbas más verdes, puede que ya no sea capaz a dar la vuelta y se lo traguen las lamas. Los pastores cerraban estos pastos, o enterraban troncos para que el ganado no se hundiera; para que el suelo no temblara tanto al pasar. Pero sobre todo, prevenían con topónimos.

B) Relaciones territoriales

6. Las relaciones estratégicas

El recurso de los sentidos sería algo así como el esquema del proyecto para el control del entorno: observando, localizando, oteando los mensajes de los vientos, los nativos irían seleccionando los espacios más adecuados para establecer sus controles desde la altura, sobre todo. Y ello ya desde antiguo, a juzgar por palabras con raíces consideradas preindoeuropeas: El Cantu (tan frecuente en Picos), El Cantón, El Cantiellu,

El Canticu... (preind. **kant-*, ‘roca’). En algún caso hasta redundante: Cantu Tolobre (Peña Maín), pues, entre los indoeuropeos, **tul-* significa también ‘altura’, más celta **brig-a* (fortaleza); el *cantu* de la fortaleza en la altura, la altura fortificada, en la roca.

Porque la altura (las rocas más o menos escarpadas) se habría de convertir con el tiempo en la estrategia principal para sobrevivir en las montañas: L’Atalaya, La Corona, Miravalles, L’Asomu, L’Asomadoriu..., que encontramos por Los Picos. La misma raíz de castros y castiellos, **kas-t-* (‘separación, corte’) es considerada indoeuropea por Edward Roberts y B. Pastor (1996: 84): El Castro, Peña Castil, El Castiellu... El lugar separado para la vigilancia y la vivienda relativamente más segura, aislada en un alto, sobre los precipicios circundantes; los otros edificios medievales para la defensa, tal como los vemos hoy, vendrían mucho después.

7. Las relaciones posicionales

La misma estrategia de los sentidos para la observación, dio como resultado todo un mosaico de topónimos que describen aquella capacidad de los nativos para posicionarse respecto al juego de las luces y las sombras, a medida que el sol va cambiando de ladera por el año arriba: no había otro reloj que el solar; ni más instrumentos para medir el tiempo, al alcance de la mayoría en las montañas.

Por ejemplo, encontramos lugares como El Puertu’l Mediudía (sobre Valsdeón), La Cuesta’l Mediudía (sobre el riu Casañu), El Colláu’l Mediudía (Fuente Dé) que tenían su función: marcar la hora por la sombra, según el giro del sol; un auténtico reloj bien natural; a las 12 en punto, en pleno verano, sin sombra alguna; ya por la tarde, el aumento de la longitud y anchura de la sombra, va marcando las horas sucesivas hasta el crepúsculo, a medida que el sol se inclina del todo hacia el ocaso.

Algo parecido debían marcar sobre el terreno palabras como La Cuesta Lladreda (en Mesones), El Sedu Lladreda, El Valle Lladreda (sobre Ariu), convertidos a veces en *ladrones* por interpretación popular y fonética pura asturiana: La Cueva los Lladrones (de los lugares sombríos), Lladredo, Colladrona (Mesones), en realidad ‘cueva lateral’, con el sol de ala, de lado. En otros lugares, incluso, esa sombra se hace marcar bien: Val de la Sombra (sobre Ozania y El Restañu), la umbría del valle; o

Susombreru (en Ceñal): en torno al lugar con sombra, umbroso, bajo el lugar sombrío, a modo de sombrero natural.

O desde la umbría y la sombra, hasta el hombre y el paisano

Y, como la interpretación popular lugareña, la preocupación por explicarse y explicar los nombres nunca cesó, se llegaría a nombres como El Hombre (bajo Ariu, en Extremeru), El Cantu’l Hombre (sobre Buferrera), La Cuesta del Hombru (Capozo), Tresombro (El Casañu); en realidad, nada de hombres sino lugares umbrosos, en la umbría (lat. *umbra*, ‘sombra’); que marcan la hora del día a medida que la sombra va ascendiendo por una cara de la ladera (la que mira al poniente), al ritmo que el sol se va ocultando tras la otra cara del valle, la que mira al saliente.

O lugares que marcan las horas, al ritmo que las sombras se estiran desde el mediodía, hora sin sombra alguna, pues el sol cae en vertical en pleno verano; entonces determinadas peñas, lugares salientes, hacen de *reló de sol*, con su giro completo desde la puesta hasta el ocaso. En otros conceyos, El Picu l’Home, La Pena l’Home, As Penas dos Homes...

La circunstancia de este juego de la línea ascendente (o descendente) que marca la sombra todo el año, es muy notoria en cualquier región montañosa; en especial, una como la asturiana donde los valles son más bien estrechos y transversales al curso del sol; de norte a sur, mientras la luz va pasando de este a oeste. Una ladera va quitando el sol a la otra ya desde media tarde; sobre todo en invierno, cuando en algunos pueblos ya quedan sin sol desde las tres, las cuatro. O en verano, cuando el sol es más necesario para curar (secar) la yerba, y de algunos praos más inclinados se va demasiado pronto para los ganaderos.

Hasta La Fuente’l Verso, luego, El Beso, Los Enamoraos...

De hecho, algunos valles profundos y cerrados, entre noviembre y febrero no ven un rayo de sol, de donde el dicho: “*En febrero, entra el sol en el reguero*”. Mucho debía preocupar a los nativos de una umbría ese juego del sol y de las sombras todo el año, pero sobre todo en los inviernos. Bien estudiado se lo tenían hasta para conocer la hora aproximada, según estuviera la línea del sol (la envidiada raya soleada) en la ladera de enfrente. La de los supuestos *ladrones, lladrones, lladredas...* A medida que esa línea iba ascendiendo ladera arriba, calculaban la hora aproximada.

En otros casos, la posición solar se marcó con nombres como El Verso, La Versolina, es decir, adversos al sol, frente al sol, de espaldas al sol; ello fue dando lugar a muchas interpretaciones populares por distintos conceyos, de montaña sobre todo: La Fuente'l Verso, La Fuente'l Beso, La Fuente los Enamorados... Simplemente, fuentes siempre muy frescas porque nunca da el sol, pero en verano imprescindibles. La imaginación hizo lo demás a través de la palabra, lo mismo en el sentido que en la forma.

8. Las relaciones espaciales

La relación espacial con el paisaje suponía otra forma imprescindible de estudio para aprovechamiento del terreno: lo pequeño, lo grande, la longitud, la anchura... de un valle, de una campa, de una cima..., podían resultar decisivas para una estancia mejor de pastores o ganados. Hay Jou Lluengu, El Picu Lluengu, Cuesta Lluenga, Valleju Lluengu, Los Lluengos, La Lluéngara..., en esos espacios más exigüos a que obligan tantas peñas por todos Los Picos. Pero que bien los apreciaban los pastores para el ganado, como praderas más verdes casi siempre, pues, al ser estrechas y alargadas, la humedad de las calizas se mantiene mejor, incluso en las sequías.

Por el contrario, habrían de destacar sobre las pendientes y estrecheces del Cares los espacios más abiertos: Vegamaor (la vega mayor); o La Juenti Grande, La Jorcada Ancha, El Anchurón del Cabrerizu (Camburero). En otras ocasiones, se marcaba un espacio más o menos uniforme, redondeado, una redonda (toda la *reonda*, la *riondá*, en expresión popular): Les Arriondes, La Redonda, La Redondiella, La Rondiella, La Redondina.

En cambio, se marcaría menos lo pequeño, si no era bueno, pues era lo que más abundaba, no haría falta de precisarlo, y así hay menos nombres: El Ríu Chicu, Joyu Chicu. Para la valoración dimensional (lo más o menos grande) ya estaba el género morfológico, como se verá: lo masculino, casi siempre menor que lo femenino correspondiente: El Picu / La Pica, El Cabezu / La Cabeza, El Colláu / La Collada... (ver más abajo).

9. Las relaciones temporales

El tiempo era otro de los criterios con que marcaban un paisaje a veces los nativos. Por ejemplo, la palabra *viejo*, *vieja*, aparece en toponimia algo

así como marca de calidad: seguridad de un camino, estrategia de una braña, salubridad de una fuente... Es el caso del Camín Vieyu, La Juenti Vieya, La Canal Vieya, Llagu Vieju. Aunque en ocasiones, se hubiera establecido otro uso relativamente mejorado con nuevas comunicaciones, creación de pastizales... Sería el caso de Camplengu el Vieju, frente a Belbín, con mayadas más fonderas y mejor comunicadas.

No obstante, la palabra *vieja* (con tantas interpretaciones populares a veces) sólo es adaptación popular de otra más remota que necesitaron explicarse en alguna circunstancia. Podría ser el caso de Peña Vieja, a partir del celta **belh-* (brillante, reluciente), aplicado a unas peñas que resaltan con la lluvia, con la posición del sol sobre las nieves o las rocas. Ahí están Piedra Bellida (sobre el Cares), Bellanzo (sobre El Restañu)..., sin relación alguna con bello.

C) Sentimientos

10. El sentimiento lingüístico

El conocimiento y seguridad que dan los sentidos, aplicado a los usos consecuentes del terreno, fue creciendo con las sucesivas cultura, desde aquellas remotas raíces prerromanas (casi siempre monosílabas, bisílabas). Así se fueron construyendo nuevas palabras matizadas con morfemas, para precisar otros muchos lugares usados, cada vez más localizados sobre el extenso paisaje de la montaña. Y así se irían especificando los recursos inmediatos que más preocupaban entre los nativos: los animales de caza, los animales más dañinos, los domésticos, las plantas más usadas por sus funciones, o por ser más peligrosas para personas y ganados.

En ocasiones, esas palabras son objetivas: describen lo que los hablantes ven alrededor; pero en otras son subjetivas, afectivas, interpretan con un prisma personal lo que creen ver alrededor; reinterpretan el paisaje con la imaginación personal, afectiva, sentimental; explicar las cosas en forma figurada, a la medida del hablante; "*El hombre es la medida de todas las cosas*" —que decía Protágoras.

Tal vez, todo ello, por una actitud siempre más o menos didáctica, y más o menos consciente: explicar lo que ven de la manera más familiar, cercana, con la actividad diaria en la casa, y transmitirlo a los más

jóvenes. Así van surgiendo tantas metáforas del terreno, que tienen un referente antropomórfico, etnográfico, psicológico, en definitiva: por eso hay tantas metáforas del cuerpo humano; o de la función maternal en la naturaleza, de los utensilios de la casa, de los animales domésticos... De esta forma, los descendientes entenderían y recordarían los nombres del terreno mejor: una función poética, literaria, didáctica, en definitiva, como toda la retórica oral, ya desde sus comienzos remotos.

10.1. La reinterpretación verbal del entorno heredado

El sentido lingüístico en las palabras del contorno que pisa cada uno (léxicas y toponímicas al tiempo) debió estar siempre grabado a modo de sentimiento de los nativos de un pueblo sobre la misma geografía que le vio nacer. El resultado, para nosotros, es que muchos nombres se fueron reinterpretando de generación en generación, a medida que las palabras más antiguas peligraban quedar oscuras para ellos: sin sentido, opacas, como si nada hubieran significado antes.

Por esto, cuando los nativos (o los allegados, los de paso, en ocasiones) no les encontraban ya sentido, recreaban uno nuevo sobre la palabra preexistente. Para ellos, en adelante, ése iba a ser el color del cristal para mirarlo y valorarlo: original o no, ésa era su traducción, su nuevo lenguaje toponímico para seguir comunicándose. Y el único que ya servía a la comunidad para entenderse.

10.1.1. La transmisión didáctica de los topónimos

Un caso muy evidente, por su resonancia fónica universal, es el cabraliego La India: La India d'Aquende y La India d'Allende (género femenino), que otros nos aclaran como El India (en masculino), como intentando precisar el género remoto del topónimo para evitar confusiones, o advertir de semejanzas y apariencias posibles (una vez más, la sana intención de los lugareños con los matices de sus palabras, por mucho que ellos mismos los transformen a veces).

La India, las dos correlativas, forman las riberas del río Duje a su paso por Tielve (una, al lado de acá, de aquende; y la otra, al lado de allá, de allende). En realidad, tendría que ser El India (en masculino), pues significa 'el límite, el lugar de la *llindia*, de la *yindia*', en esa progresiva debilitación (simple economía fónica) de los fonemas hasta desaparecer

del todo (ll > y > ■), y quedar reducida al actual *India*. Pero quedó en femenino, una vez más.

Es decir, de *llinde* y *llindia* (de *llindiar* ganados, de separar pastos), se llegó a *India*, por caída de consonante inicial como en tantos otros casos cabraliegos (Llombu / Ombu...). Por esto, algunos nativos recuerdan todavía el límite en masculino (el original): La Puente l'India, La Cuchilla'l India, Los Toyos del India. El lugar de los límites.

Y la explicación del cambio morfológico parece inevitable, una vez generalizado el topónimo entre usuarios muy diversos, más allá de los nativos. En aquella sana interpretación lingüística de sus lugares más pateados, alguien recordaría el nombre de *La India* más lejana, aunque sólo fuera por tantas leyendas, cuentos orales, proverbios, sabidurías orientales..., que llegaban a los pueblos, aunque fuera de forma muy precaria y desdibujada.

Por aquellas tierras cabraliegas sonaría ya el nombre de *La India*, por lo menos entre algunos más viajeros, que terminaría por desplazar del todo al oriundo *Llindia*, *Yindia*... Más económico y mejor de pronunciar de paso: se evitaban el lleísmo y el yeísmo, con un fonema de más; se quita la consonante, y no se pierde nada en la comunicación. Pura economía lingüística tan vigente hoy en asturiano o en cualquier lengua (en el lenguaje digital, del móvil, de las redes sociales..., ni hace falta poner ejemplos, lo vemos minuto a minuto, en vivo y en directo...).

La adaptación constante de las palabras

Interpretaciones parecidas fueron realizando los nativos (o los foráneos) de Los Picos entre tantos *jous*, angosturas del terreno, picos afilados, cotas y cotas altas seguidas unas de otras, tan difíciles de andar en tiempos con tan pocas comodidades y tecnologías modernas: siempre a pie, sin calzado adecuado, sin chubasqueros de verdá, sin GPS, sin móvil. Mucho debía impresionar, a los nativos o de paso, el terreno de Los Picos siglos atrás. De ahí, tantas variantes en los usos toponímicos por parte de los extranjeros de paso, o de los mismos nativos con el tiempo.

Así surgiría *L'Angosta* (vaguada muy estrecha, angustiosa), como tantos *congostos* y *congostas*; pero que con el tiempo alguien transformó en *La Langosta* (con doble artículo y todo, por si hubiera dudas), una vez

olvidada aquella circunstancia más precaria del terreno. O como ocurriría con El Tesorero, que otros imaginarían con supuestos tesoros, olvidados de que eran simples *tesos* (altos empinados, verticales); pequeños o mayores salientes, que recuerdan nombres como La Tesa, La Tiese, El Tesu la Oración...

O como El Picu l'Acero, sin acero alguno cortante, sino con posibles acebos antes; o simplemente, con aristas. O La Fuente la Juaca (sobra Sayambre): un jou en femenino, atribuido a una supuesta pastora protagonista de la fuente por alguna anécdota supuesta, o incluso real y todo. En el origen, un jou, como en Los Juaquinos (altos de Baenu, Amieva), más propicios a la interpretación familiar.

10.1.2. Las asociaciones metafóricas familiares, domésticas

Con aquella incesante reinterpretación más sana de sus nombres heredados, los lugareños seguirían pensando, y sintiendo sus paisajes desde los montes con las imágenes que llevaban en el alma desde la casa: paisaje interior y paisaje exterior, una vez más, como las dos caras de la misma moneda. Y así veían sobre las camperas o las peñas formas parecidas a las que traían desde la infancia. El color del cristal parta mirar, una vez más. Estudiando el léxico pirenaico, Lotte Paret (2008, p. 117 ss) observa esa íntima perspectiva en la percepción de ciertos aspectos de la cabaña por parte del pastor: “*entièrement à l'image de celle de la casa*”.

Por eso hay tantas Cebolleda, Torre Cebolleda (ladera de Peña Santa): podría haber alguna cebolla o ajos silvestres que aprovecharan también para la precaria cocina de la cabaña; lo recuerdan en algunos lugares con estos nombres. Pero, el origen del topónimo no podría ser siempre el de las cebollas de la *güerta*, por silvestres que fueran, a ciertas alturas, sobre todo; nada más alejado de los pedreros y cimas rocosas de estas cumbres de Los Picos. Simplemente, una hábil transformación fónica de dos palabras en contacto morfosintáctico: ‘la cabeza del valle’ (lat. *caput vallis*, ‘parte cimera del valle’).

O Piedralengua, Piedrallengua, para otros: piedra alargada (longa, luenga), que alguien tradujo en forma de lengua imaginada, porque el terreno da pie a ello también. Las Reblagas (subiendo a Ariu): no porque se subieran a reblagos, aunque también así se suben si vas con un poco de ilusión y prisa; sino porque son suelos rojizos, roblizos, ruborizados

(lat. *ruborem*), tierras *roburatas*; y de ahí, hasta *roblatas, *roblagas, *reblagas*, sólo hay uno de sonidos por el medio.

O Los Cobardes: cuevas entre bardios, bardiales; El Vanu, La Vanoria, La Vaniella, Puente Abanín: sin *vanu* alguno de vanar (fabas o lo que sea); sino más bien de los *abanos*, *ébanos*, *aines* del terreno (desprendimientos de nieve, argayos), que recuerda el mismo Pandébano: el pando del *ébanu* que suele caer de Peña Maín y de la Terenosa en los desnieves y deshielos (bien se recuerda alguno arrasando las cabañas).

Es significativo el caso de La Erre, o El Muñón de Re: sin parecido a *erre* alguna del abecedario sobre el paraje, por supuesto; sino del prerromano **rek-* (riego, surco, arroyo, luego). O La Flecha: casi siempre una Frecha, un terreno que se quiebra, refractario, *argaxaizo*. O El Puertu Cuba: sin nada que ver con Cuba, sino con un terreno empozado, en forma de cuba imaginada; muy adecuado para algunas épocas pastoriles, por su función de cobijo, neveros en verano...

10.2. La valoración morfológica: el sentido maternal de la montaña

El sentido lingüístico, el sentimiento consciente de su dependencia de la montaña, se fue traduciendo también en la proporción morfológica (gramatical) con que los nativos usaban las palabras por su género: los morfemas, por ejemplo, van precisando aquella preocupación de los nativos por humanizar de algún modo el terreno, pero con los criterios y medidas más familiares de las personas (el cuerpo, la casa, el hombre y la mujer, la madre).

Y, así, las formas morfológicas de las palabras del suelo se diría que fueron pensadas para reproducir exactamente las formas del terreno y funciones del terreno (la *morfología*, en su sentido etimológico), como si se tratara de un mismo paisaje humano y geográfico fundidos: unas mismas formas que unieran pensamientos, camperas, rocas, productos, sentimientos.

10.2.1. El femenino, mayor tantas veces: peñas, juentes, canales, riegas

Destacan en especial los lugares que llevan morfema femenino: La Peña, La Peñe (La Peñi, para muchos todavía); la peña, casi sagrada, que tantos beneficios producía para pobladores y ganados; pastos en

verano, caza en invierno; agua en los deshielos, o en los jous, neveros y llamazugas para los calores del estío; seguridad para la estrategia y la defensa; plantas medicinales...

Por algo la peña se fue divinizando y se hizo Peña Sagra, Peña Santa, Jou Santu, Torre de Santa María..., con los siglos. Y así lleva La Peña muchos adjetivos y matices que especifican sus cualidades en el pensamiento de los nativos: La Peña les Abeyes, Peña Corvera, La Peña la Puerta, La Peña la Vanoria, Peranieva..., por Los Picos y alrededores.

Cientos de nombres para los manantiales, las fuentes (femeninas, casi siempre), imprescindibles en suelos calizos: Las Fuentes, Las Juentes, La Juenti, Fuente Cimera, Valdelafuente... Cientos de riegos, en femenino, con muy pocos en masculino correspondiente (regueru, riego), como se esperarían de la palabra manantial, fontán...

Una morfología femenina, tal vez porque, las riegos eran más productivas para el ganado: al secarse en verano, dejaban todo un cauce verde y yerbooso, por pendiente y peligroso que resultara. Lo mismo que La Canal (cientos y cientos), frente a El Canal (unos pocos): mucho más espaciosas, las canales (femeninas), más aprovechadas por el ganado. Incluso en masculino aparece con morfema despectivo: El Canalón (de peor calidad, menos apreciado).

Como destacan vegas, cuevas, cabañas, güertas imaginadas entre las peñas

Las vegas: igualmente valoradas entre tantas rocas y cortes calizos, jous pedregosos y carbizos, pendientes menos productivas. Vegamaor (la vega mayor), La Vega, La Vega Bajú, La Vega Riba... Las mayadas, las majadas, los espacios de las cabañas, casi como verdaderos poblados tiempo atrás: La Mayada Cuyá, La Mayada Bajera... En cambio, muy pocos mayaos, masculinos y con morfemas diminutivos: El Mayáu, El Majadín, Los Majadines.

Lo mismo podría decirse del aprecio pastoril por los lugares altos más espaciosos, vistosos, sin peligros para el ganado (en femenino también): La Cabeza, La Cueva... (cientos y cientos); frente a lugares más reducidos con el género masculino (muy pocos): El Cabezu, El Cuevu. O Las Traviesas: las sendas más seguras de las pendientes, frente a Los Traviesos (muy pocos).

O las huertas, las *güertas*, los recintos más o menos cerrados entre peñas, que no producían hortalizas, pero que suponían unas yerbas muy codiciadas por el ganado, por el sabor de las calizas: verdaderas *güertas* imaginadas, a imitación de las que quedaban en casa con sus verduras y hortalizas. La Guerta l' Ardina, La Güerta la Viña, La Güerta los Cabrones, La Güerta'l Rebecu... Frente al *güertu* (muy pocos): Juertu Rey, La Vega'l Güertu...

10.2.2. Aunque el masculino, que también puede abundar para otras funciones cuando hace falta

Ciertamente, para otras ocasiones aparece el masculino, casi sin correlato femenino: hay lugares que se necesitan más pequeños, espacios más reducidos; por ejemplo, para señalar el agua escasa, para localizar el cobijo de los animales, el discreto refugio de las personas. El Cantu, El Cuetu, El Paré, El Paréu, El Picu, El Pozu, El Jou, El Toyu...

Como otros espacios pequeños, pero muy aprovechados para vigilar el ganado, encaramados en un saliente cualquiera; para protegerlos de noche y del llobu; para cobijo ocasional de los pastores en trashumancia de temporada, cuando, a falta de cabaña estable, usaban un *paréu* para pasar la noche, o sólo por unos días. O para recordar el oficio de los madreñeros; para seleccionar las oquedades de los soplaos y frieros, tan útiles en el verano en torno a los productos de las cabañas. Los morfemas masculinos precisaban las preferencias de los pobladores en estos casos.

10.3. La valoración metafórica y antropomórfica

Decía Protágoras que "*El hombre es la medida de todas las cosas*". Y, por cierto que se comprueba sobre el paisaje: formas verbales que connotan figuras humanas (hombres y mujeres) animan buena parte del lenguaje de las montañas. En muchos casos, simple interpretación subjetiva, imaginativa, metafórica, a partir de raíces anteriores con otra referencia milenaria, pero que los nativos reinterpretaron a su modo. Miraban la montaña con tonos y colores más humanos: con sentimiento.

10.3.1. Muchas interpretaciones populares de supuestos homes y mujeres

Es el caso de El Cantu l' Hombre (sobre Buferrera): tal vez nada que ver con hombre alguno, sino con *umbra*, con la sombra, a modo de aguja

del reló, tantas veces a campo abierto; no habría otra forma de calcular la hora para una inmensa mayoría. Y de *umbra*, *umbrío*, a *hombre*, hay poco más que una grafía por el medio; se trata de picachos que, en pleno verano, a las doce del día (por el sol) no tienen sombra; pero marcan la hora de la mañana a la noche, según ese referente aislado se vaya acortando o estirando con la inclinación del sol, hasta que se pone por fin en el crepúsculo. Y se equivocaban muy poco: un verdadero reloj de sol, pero sin números siquiera.

Hay muchos ejemplos en otros conceyos, pero destaca la interpretación al completo en El Picu'l Paisano (Cuera, Peñamellera Baja); de la sombra pasaron a la umbría, a hombre, y al Paisano mismo, una vez que inventaron la leyenda correspondiente. A veces, hasta se levanta una estatua y todo para intentar confirmarlo, con justificaciones diversas: la sana, milenaria, interpretación popular, origen de tantas leyendas en la memoria de los nativos.

Ocurre algo parecido con otros lugares pedregosos que se convirtieron en *muyeres*: El Monte las Muyeres (Culiembro), El Colladín de las Muyeres (Portudera), La Muyerina (Sotres); el paso intermedio pudiera estar en algunos más transparentes como La Fuente Molleyeres o Los Llabriales de los Molledos; y, sobre todo, en Piedramuelle (a las mismas puertas de Oviedo). Es decir, la piedra blanda (lat. *mollem*, 'blando, muelle, que se deshace con facilidad'); El Pozu las Muyeres Muertas de Allande, es muy notorio, por las versiones a que dio lugar.

Como desde fuente, fuente, juen..., se pasó a Juan

Por el mismo mecanismo imaginativo se fueron formando muchos *Juan*, donde sólo eran fuente, *fuente*, *juan...*: Juan Roble (fuente de aguas rojizas, ferruginosas); Juan Brao (fuente en el bravo, el terreno sin cultivar, sobre La Molina y El Casañu); Juan de Prados (tal vez, antes, fuente entre los prados); Jonfría (en Ándara), con evidente adjetivo concordante en femenino. En algún caso, se habla de un vaquero, un pastor de la mayada famoso, pero que, en la mayoría, procede de la misma fonética asturiana de la zona con aspiración muy arraigada.

El sentimiento más humano fluye en parajes como La Canal del Llorosu, La Llorosa, Cabeza Llorosos, que otros dejan en Llerosos como debiera ser: suelos de *llera*, piedra suelta en las pendientes, pedrosos,

pedreros, pedrizas... Dicen los pastores que el nombre lo deben a que a veces las peñas lloran: y, ciertamente así parece, rezuman agua, por ejemplo, cuando se aproximan tormentas y cambios del tiempo tras las sequías; entonces, al bajar la presión, las calizas se humedecen, parece que lloran. O, simplemente, arroja el agua con la nublina de las tardes, y se acumula en las pozas de las calizas.

En la mayoría de los casos se trata del cambio de *lmeros* a *lmerosos*, con esa circunstancia añadida. Como en Colláu Sangreru: tal vez, por el árbol *sangredo* (*Frangula alnus*), porque echa una savia que parece sangre, mancha mucho las manos (la *xangonera*, de otras zonas).

10.3.2. Las metáforas del cuerpo humano: muchos miembros imaginados sobre el paisaje

El sentido metafórico del lenguaje usado por los lugareños de las montañas diseña con palabras del terreno otros muchos puntos del paisaje: se diría que contemplan las montañas como una extensión del cuerpo propio; como si la sombra de las personas dibujara su silueta de valle en valle; de roca en roca.

Y así se fue dibujando el cuerpo humano con palabras toponímicas de la cabeza a los pies: La Cabeza l'Agua, La Cabeza Julagua, La Cabeza la Forma (Ariu), Cabeza Blanca, la Cabeza la Tinta, La Cabeza'l Verde. Y con sus matices apreciativos: La Cabecina l'Hedreru, La Cabecina la Xistra, El Cabecín, Los Cabecinos. Parecidos a Las Moñas, Las Moñetas (sobre Las Vegas del Toro, Sotres).

Como se humanizan las angosturas del terreno (las gargantas) en La Güérgola, La Gárgola, Pescuezu Pardu (Los Moledizos). O se imaginan los ojos, en el nacimiento de los ríos: El Güeyu (Soto Sajambre), Los Güeyos del Jungumia (o Junjumia, Vegarredonda). O La Boca Jou Santu. Y el resto del cuerpo: La Rena (al filo cimero del monte, la zona renal); L'Ombu (el lomo, la loma, el llombu); El Brazu (arroyo del Llagu Ercina); El Monte la Pierna (tal vez, antes *pedra*, *pedernal*, en Mesones); o El Muslu de Canal Negra, El Musllu de La Voluga (Jultayu), Porru Piedepalu, El Zapatu (ya en Cantabria, altos de Beges).

10.3.3. La madre de casi todo: las raíces del agua

Se humanizan las fuentes, los manantiales origen de ríos y arroyos: el nacimiento del agua, *la madre l'agua*, expresión arraigada en el dicho:

“*l’agua siempre tien que dir per so madre*”, para referirse a que se deben dejar correr los arroyos, los *aguañales*, los *aguatochos* de los caminos, sin impedirselo ni desviarlos para meterlos a fincas privadas sin el consentimiento del vecindario.

Porque *la madre l’agua* es la otra madre que amamanta vegas altas, riegas, praderas, llagos, llamazugas, laderas de las montañas, riberas más fondas de los valles. Los mismos ríos se consideraban protegidos por las diosas: Deva, Fuente Dé, tal vez, Auseva. Las mismas Xanas (las **divianas*, las divinas) se aparecían junto a las fuentes, de donde el Desfilaeru las Xanas, sobre el arroyo de Pedroveya. Muchos ríos europeos llevan artículo, morfemas o nombres femeninos.

En la hidronimia de Picos resulta ya muy conocido El Joyu la Madre (Oyu la Madre para otros), nacimiento del río Casañu de La Molina, y afluente del Cares más abajo; o La Fuente la Madre, lo mismo en Cantabria que en tantos otros conceyos asturianos, con sus variantes en cada caso. Con otras bases sinónimas: La Canal de la Raíz, El Monte Raicedo, La Riega Raicedo, Ñajuentes (el nacimiento de las fuentes). Y semejantes.

10.3.4. Otras interpretaciones metafóricas familiares

Siempre con las palabras humanizadas del hogar que el pastor se dejó en el poblado, el mosaico toponímico de Picos recuerda desde las cumbres los utensilios de la casa: La Mesa, La Cabeza la Mesa (Peña Maín), Mesa Llana, Cueva Masera. O La Cocina las Armadura (La Viña, Cares), Los Cocines, La Fuente los Cocines, La Fuente’l Cocín. Y hasta La Riega’l Platu (altos de Demués), El Vaso (Amieva), Los Basares. Cuetu l’Ubre.

Una vez más, el sentimiento, el afecto familiar colgado de las peñas, o tapizando las camperas, en la distancia de las cabañas; en muchas ocasiones lo único que hizo la imaginación pastoril fue transformar palabras anteriores sin relación doméstica ni mobiliaria alguna, en palabras que les trajeran recuerdos más útiles, afectivos. El paisaje interior, proyectado sobre el paisaje exterior, en esa relación bidireccional tan frecuente en toponimia.

Pues, la mesa es una metáfora directa, hay una figura muy nítida en la retina de quien mira: la creación era casi esperable; pero no así en un *cocín*, una *cocina*, que incluso aparece en género masculino: *el cocín*, *los cocinos*; ello indicaría que la palabra base transformada es masculina;

en muchos casos, un simple *cauce* (lat. *calicem*, ‘tubo de cobre, vaso, cálice; luego canal de agua’); en antiguo romance, *caz* (canal para tomar agua). Y del cauce pequeño, del *cocín*, ya sólo queda un peldaño hasta La Cocina, Les Cocines....

Sería el caso de los vasos y los vasares traducidos al paisaje: en realidad, lugares *aveseos*, *visiegos*, adversos al sol, sombríos, aunque en ocasiones alguna fuente tenga forma de vaso tallado en la roca, y haya reforzado la metáfora. La Riega’l Platu, en cambio, puede mantener el sentido original: lat. vg. **platum* (plano, aplastado), aunque la imagen llegara al terreno por el recuerdo, la nostalgia brañera, del hogar.

11.preciativos

11.1. Las percepciones positivas

A través de aquella proyección inmemorial de los cinco sentidos sobre el paisaje, y de las relaciones obligadas con el territorio habitado, el conocimiento del entorno inmediato se iría mejorando con las nuevas culturas y los tiempos: se iba conquistando (valorando) afectivamente el terreno, lo que suponía ponerle los nombres adecuados para entenderse.

Y se hizo con las palabras del momento: en unos casos, con apreciaciones positivas; en otros, negativas, con advertencias (en previsión de riesgos laborales, que se diría ahora). En suelos tan agrestes, peligrosos tantas veces, como Los Picos, hay muchas palabras positivas, que valoran lo posible; pero las hay también negativas, y bastantes. Estudiando la vida pastoril en los Pirineos franceses, Marcellin Berot (2002, p. 329 s) hace algunas referencias precisas a esa percepción de la montaña (positiva y negativa, religiosa, hogareña...) por parte de los nativos, que la fueron traduciendo a sus topónimos correspondientes en cada caso:

“Le montagnard qui n’a pas voyagé hors de son pays, qui ne connaît pas les classiques de la littérature antique -et qui ne fait aucun complexe à ce sujet!- utilise, lui, les termes de comparaison qui lui sont familiers, simples, mesurés, vrais, concrets” (Marcellin Berot)

11.1.1. Los adjetivos, los matices que valoran

Es evidente el caso de Llampá Güena (Vegarredonda), no por casualidad, frente a Llampá Mala. Menos transparentes parecen La Jermosa,

Torre Jermosa, Colláu Jermosu, Llanda Jermosa. Collada Bonita. Tal vez, simplemente soleadas, apacibles respecto al contorno.

Muy apreciadas, casi milagrosas, se consideraban algunas fuentes, como La Fuente la Saluz, que dio nombre a La Santuca de Áliva: aguas minerales, en las que se tenía mucha fe los nativos –nos explican en Espinama-; o, por lo menos, se bebían como preventivas para ciertas enfermedades, al tiempo que se invocaba a la patrona correspondiente. O Agua Sales: aguas minerales, calizas, buenas para ciertas carencias en niños y ancianos, sobre todo; tal vez, en interpretación popular también (indoeur. *sal-i-a, ‘corriente de agua’).

En algunos casos, las palabras resuenan más amorosas, aunque los nativos no recuerden alguna leyenda explicativa concreta: El Coteru los Placeres (Áliva), Dos Amantes (en Cantabria, Liébana), El Sedu la Novia (Mesones). Más misteriosos ya La Fuente la Vergüenza (sobre El Llagu Ercina), El Colláu la Vergüenza (Urdiales). Muy romántica, La Loma la Flor (Peña Bermeja): tal vez, por soleyera, de flores tempranas tras el invierno. En todo caso, para las dudas, nos quedaríamos con las mismas reflexiones de Bodelaire sobre la mirada positiva de un paisaje:

“Si el conjunto de árboles, de montañas, de aguas y de casas, que llamamos un paisaje, es bello, no es por sí mismo, sino por mí, por mi gracia propia, por la idea o el sentimiento que le dedico”.

11.1.2. Los morfemas diminutivos, los afectivos

Buena parte del sentimiento afectivo proyectado sobre los parajes se fue creando con los matices que sugieren los morfemas de las palabras: los hay en género femenino y en género masculino, o con ambos en alternancia; en ocasiones, no es posible saber si se trata de lugares calificados como buenos, o como pequeños; pues los hay con cierta extensión, lo que indicaría un aprecio puramente afectivo, un sentimiento valorativo, al margen de sus dimensiones.

Por ejemplo, El Colladín (muy abundante, con los especificativos en cada caso): El Colladín de la Canal del Diablo, El Colladín de la Ardina..., de la Abertura, de los Purriellos, de la Traviesa, de Costandi, del Frieru, del Toyu... O en género femenino: Las Colladinas Les Colladines, La Mayadina, Las Mayadinas, Los Majadines, La Juentina, El Juentín.

11.2. Las percepciones negativas del paisaje

Entre los abismos y vericuetos de Los Picos, no podían faltar los avisos toponímicos: muchas palabras advierten del terreno que se va a pisar. En algunos casos, como tantas veces, el sentido (o el sentimiento) lingüístico de los nativos lo único que hace es transformar (reinterpretar) una palabra anterior y darle el referente que le parece más adecuado para que siga inteligible sobre el terreno. Incluso, a veces hasta ni es peligroso siquiera, pero alguien se inventa una pequeña leyenda para justificar que lo fue en un tiempo: tal debía ser la preocupación por prevenir desgracias lejos de la cabaña o de la casa.

Resultan claras, Sierra Mala (sobre Tarañosdiós y Covadonga); Llampá Mala (frente a Llampá Buena, en Vegarredonda); Cueñi Mala, Panda Mala (en Peña Santa, Puertu Cuba), Los Pasos Malos. O Cosa Mala. El Monte Maliciegu (Onís, tupido de matorral espeso, sólo para los xabalinos y la caza); Les Llacieries: sobre Orandi; en realidad, desgracias, calamidades, aunque en relación con *lazo*, trampa para los animales.

Y todos los calificados de infierno: L’Infierno, El Puente l’Infierno (sobre el río Dobra); Jou l’Infierno (bajo La Güesera). La Canal del Diablo, El Callejón del Diablo, El Colladín del Diablo. El Purgatoriu (Pandébanu). O La Riega Matadera, El Prau la Matadera, La Cabeza’l Matadoriu, La Cerra’l Rayu (suelos minerales, bajo Peña Santa); El Relámpagu (sobre Potes, Peña Sagra). En su mayoría, lugares peligrosos para el ganado o para las personas.

En algún caso, como Hombre Muerto (muy mal terreno del puertu de Inguanzo), puede referirse también a lugares de aguas vertientes: aguas muertas, que no vierten ni para un pueblo ni para el otro; a medias entre ambos. Son los casos de Guoy Muortu, Güey Muerto, Buey Muerto, Boy Muerto..., analizados con rigor por J. M. González (1957, pp. 189-204).

La explicación que suelen dar los lugareños en estos casos es que hubo una disputa muy sangrienta tiempo atrás, y que resultó un *hombre muerto*; de hecho, en Cuera queda El Cantu la Riña, que se dice de discusión por los pastos entre los de Alles y los de Llanes. O la leyenda cruenta de la Vega Comeya, entre Onís y Cangues. En la mayoría de los casos, se trata, simplemente, de ‘pastos muertos’: a medias, en disputas, limítrofes. En otros, ciertamente, la ausencia de buena vecindad, traía sus consecuencias, traducidas a trágicas contiendas.

12. Los sentimientos religiosos

12.1. *El culto diario*

Y llegamos al paisaje toponímico más tupido de Los Picos: el que marca el sentimiento religioso. Abundante léxico común atestigua sobre mayadas y riscos las costumbres de los pastores en sus devociones y rezos. Lugares como Tresmialma (Portudera) recuerdan la preocupación por la otra vida, más allá del cuerpo que penitenciaba a diario entre tantos precipicios y penurias, irreparables tantas veces. En palabras de Marcellin Berot (2002: 340):

“La référence religieux est régulièrement une réponse à l’angoisse face à des forces qui dépassent l’homme, soucieux de s’assurer de la protection du ciel vis à vis de lui-même, de son bétail, de ses récoltes”.

Hasta aparecen nombres como La Cueva Confesendi, El Valleju Confesendi, El Senderu Confesendi (sobre el río Casañu), lugares muy pendientes y pedregosos al paso humano; se recuerdan y lamentan varias desgracias. En este caso concreto, la palabra no parece que proceda de una posible reinterpretación anterior; no hay muchas voces próximas sobre el terreno; todo hace pensar que alguien confiaba también su alma al cielo (como en Tresmialma), antes de adentrarse en las pendientes con niebla o nieve, y despeñar el cuerpo para siempre, ladera abajo. Serían dos palabras sinónimas para una misma realidad: la preocupación por el alma, como reza en algún dicho: “*pa pasar perende, fay falta que confesar antes; que Dios lu coja confesáu*”, y parecidos.

Y otras costumbres con los rezos por las mayadas: La Mayada'l Rosariu (Brañarredonda, Vegarredonda); La Canal de la Misa (Sotu Jayambre); El Porru la Capilla (Torre Blanca, Cabrones); El Pozu la Oración (Poo); Juliglesia (Pandecarmen); El Peñón de la Iglesia (Los Moledizos); El Toral del Campanariu (Obar, Poncebos). En algunos casos, muy reales: pastores y pastoras se reunían en una cabaña para rezar el rosariu al atardecer; o bajaban los domingos hasta los altos del pueblu, desde donde se oyeran las campanas tocar a misa. En otros, son formas que se parecen a una capilla, a un campanario...

Hay muchos otros del mismo campo religioso en el contexto de la montaña, como Valdominguero (bajo Lechugales), El Llosu'l Cura (Poo);

El Tiru'l Cura, L'Asientu los Canónigos (sobre Covadonga mismo); La Cerra'l Frade (Peña Santa); Cuestas Sagradas (Ondón)..., con referencias a costumbres semejantes.

12.2. *El culto a las divinidades*

Pero el sentimiento religioso, a juzgar por el lenguaje toponímico (teonímico, hagonímico...) tiene muchos milenios detrás: los sentimientos religiosos ya se elevaban con las palabras colgadas de muchos altos por Los Picos con anterioridad a la cultura cristiana. El Monte Vindio (el culto indoeuropeo a la divinidad solar) se fue traduciendo a muchos otros términos sinónimos a un lado y a otro de Peña Santa, hacia el oriente y hacia el occidente asturiano: Vendejo, Liébana, Lebeña, Bendueños (Lena).

Lo mismo que Tárano (el dios del trueno), Los Tárano, El Taraniellu. Peña Subes (el culto a Júpiter); Altu San Martín (Potes), Cantu San Martín (el culto a Marte, protector de los rayos). Muchos paralelos entre Peña Sagra y Peña Sobia, Piedra Xueves..., bastante más occidentales (tema tratado el año pasado aquí mismo, en la conferencia anterior).

O con las divinidades femeninas. El río Deva: la diosa, la divinidad del agua; límite oriental de Picos con Cantabria, por Panes; y límite occidental, por el río Deva que fluye de Orandi por La Cueva, por Covadonga. O Fuente Dé (la fuente divina, de la Diosa); y, tal vez, El Monte Auseva (la diosa del agua).

Finalmente, Tarañosdiós (sobre La Güesera, Covadonga), y El Campu'l Dios (en La Veyuga). Puede tratarse aquí de una reinterpretación popular, pero el caso es que los nativos prefirieron el nombre de Dios en ambos lugares. Tal vez, se trate, ciertamente, de una primera palabra adverbial: lat. *deorsum* ('debajo'), que resultó en asturiano *yuso*.

Como ocurre con tantos otros nombres prerromanos de referencia religiosa, los nativos conservaron el sentido teonímico; y así junto al dios Tárano, interpretaron Tarañosdiós; en realidad, sería 'el Tárano de abajo', pero ellos prefirieron traducirlo a los sentimientos de su tiempo. Algo parecido al Campu'l Dios de La Veyuga: 'el campo de abajo', que entre los pastores, prevaleció con su versión religiosa: un campo bueno dentro de lo que cabe sobre aquellos precipicios del Casañu y de Jascal.

Podríamos resumir el complejo mosaico, y la progresión del sentimiento religioso en torno a Picos con palabras de Guillermo Mañana (1994: 52):

“El panteón indígena del Vindio no se agota, ni mucho menos, con el dios Tárano y con un par de lugares de culto. Si bien en las laderas del Güeña y del Cares es el fuego y el rayo la más importante de las deidades, en las laderas del macizo oriental de Los Picos de Europa será el agua quien ostente la máxima categoría entre los dioses: El Deva (p. 52)... Y a partir de aquel momento (...) Los hombres que comenzaron modificando las palabras que hablaban, acabaron con nuevas preocupaciones: Ahora ya no basta con cuidar del dios del fuego para proteger a la familia y a los alimentos. Ahora comenzaba la preocupación para que algún dios protegiese la vida de ultratumba” (p. 54).

12.3. *Las santificaciones*

Asimismo, en continuidad (y en contigüidad) con el culto precristiano, no podía faltar el otro conjunto hagiotopónimo, que fuera traduciendo, creando, incorporando, otros santos y santas aportados por la nueva cultura cristiana; primero, con la romanización creciente; luego, con la progresiva influencia de la Iglesia altomedieval, y por todo el medievo arriba.

Por esto, buena parte de las alturas y vericuetos de Los Picos, entre Covadonga y Peña Sagra, entre un río Deva y el otro, fueron interpretados como sagrados, santos: Peña Santa, Jou Santu, Pie Santu (Ostón), La Posa Santa (Corona), Torre de Santa María, Las Tres Marías, La Cueva de Covadonga, sin ir más lejos. Todo un culto mariano, tal vez en contigüidad con otros cultos prerromanos en torno al Mons Vindius. La conocida Leyenda de la Estrella de Enol, la Madre de Dios (con varias versiones orales) podría justificar los supuestos.

Como otros lugares santificados por motivos diversos: Sanllago, El Colláu San Llago (bajo Llerosos), un lago muy beneficioso entre aquellas peñas, tan escasas en manantiales; Saligiestu, Sanigiestu (Caín), el santo cobijo en lugar muy pendiente (infiestu, ingiestu), bajo Tárano (dios del trueno); Santagerida (Ondón): pasu malu al que se pretendería ahuyentar de las desgracias animales y humanas; Santiján (sobre Caín): San Illán, San Julián; El Río Santagustia (ya en Los Beyos): el soto de la angostura, lugar de truenos especial en las tormentas.

Y otros como L'Aguja Corpus Cristi, El Sagrado Corazón (Ándara), o La Capilla Santa Cruz (Cangues d'Onís), que resume, de forma tan documental y actualizada, esa supuesta contigüidad (y continuidad) entre los cultos prerromanos y los cristianos: no por casualidad, justo debajo de la Capilla se conserva reconstruido el Dolmen megalítico, en un ejemplo multicultural, muy respetuoso de una cultura con la anterior.

12.4. *Otras interpretaciones religiosas*

Y muchos otros picachos, manantiales, formas de un paisaje se relacionaron con el campo religioso, a veces de creación reciente. Destaca el caso Las Cruces, siempre muy abundantes, como encrucijadas de sendas o de caminos, límites de pastos, aguas vertientes, divisiones regionales. La Cruz de Ariu: alto desde el que ya se divisan las mayadas del puerto.

En otros casos, el nombre se debe a simples imaginaciones visuales: El Frailón, El Monxe (Baenu), Jufraile (Pandecarmen). La Boca la Divina (Amieva), Valdelucielo (sobre Mongrovejo, Cantabria); Los Angeles (o Los Ángeles, bajo Llerosos, Jascal). L'Humilladeru, La Fuente'l Milagru (Bulnes), con diversas interpretaciones y leyendas, a veces puramente anecdóticas, pues siempre parten de una referencia anterior real: un millar, un límite; una fuente que echa agua muy pocas veces, muy raramente.

13. Los sentimientos históricos

13.1. *Sucesos temporales*

No podía faltar tampoco entre los nativos de los pueblos y los puertos de Los Picos ese sentimiento por las resonancias de ciertos hechos más relevantes, escuchados por vía oral de generación en generación; o leídos de alguna manera en libros de historia, revistas especializadas, archivos documentales diversos.

Una vez más, resulta casi imposible distinguir ya los nombres con referencia histórica real, documentada; y los nombres reinterpretados sobre palabras preexistentes del terreno, pero que se remontan con mucho a los pretendidos sucesos de héroes o reyes; y, por supuesto, sin nada que ver con las leyendas imaginadas para intentar justificarlos.

13.2. *Sólo interpretaciones, a veces*

El caso más notorio es el de Pelayo, que se suele relacionar con varios lugares: El Repelao (bajo Covadonga); La Mesa Pelayo (la famosa *mensa*

Pelagii); o Corona: lugar entre Caín y Cordiñanes, que se supone con la coronación de Pelayo como rey. Como es el caso del Mirador de La Reina, no del todo justificado por Isabel II, que dice la voz oral; nace allí mismo el río Reinazu, que nada ha de tener con rey ni reina alguna, sino con la simple *rena* de la montaña (la cima alta, casi al filo de la cresta misma); o con el prerr. **rek-*, 'riego, curso de agua'; lat. *regi, regina*; prerr. **rein-*, 'río' (Roberts-Pastor, 1996: 143). Hay otros muchos por la geografía asturiana: La Fuente la Reina, El Fusu la Reina, Las Vegas de la Reina...

Más real podría ser El Mirador del Príncipe, o El Refugio del Rey (Áliva), en cambio, como es evidente. Pero otros muchos que nada tienen que ver con origen regio, ni realengo alguno, sino con un simple riego, cauce de agua: los precipicios de Huertu Rey (sobre Trea y el río Cares), son un buen ejemplo a la vista. Y como otros tantos cientos con la misma base por toda la toponimia asturiana y resto peninsular, que bien documentó Á. Llamazares Sanjuán (1993: 115-129). Es el caso de La Vega'l Rey, Vega de Rey (Tineo), Peña Rey (Las Xanas), El Camín del Rey, Sen de Rey...

14. El sentimiento comunal

14.1. Los límites acordados: los jitos, las cruces, encruceyas..., que siempre unen bastante más que separan

Finalmente, otro sentimiento estaba muy arraigado entre los pobladores de unas montañas tan agrestes y llenas de peligros como en Los Picos: el sentido comunal, solidario, la necesidad de auxilio mutuo la mayor parte del año, a falta de otros recursos lejos del poblado. Y ello, lo mismo respecto a los propios nativos de una vertiente, que respecto a los vecinos regionales de la otra cara de los montes: había que convivir también (con mejor o peor ceño) con los otros pueblos colgados de la misma precariedad diaria.

Abunda, por ejemplo, la palabra *jitu* (fitu, hito, muñón que señala, divisorio): El Jitu, Los Jitos, Llambria Jitosa, Perajita (piedra fita, plantada); o La Canal de la Raya, con otra sinonimia de tantas. Y hasta El Joyu los Castellanos, El Valle la Castellana, ya en Ponga, pero con el mismo sentido, a medias entre el límite y los acuerdos concejiles, o regionales, por los altos.

Es el caso de las cruces de los caminos, las encrucijadas, *encruceyas, encrucías*: La Cruz de Ariu, El Colláu las Cruces, La Cruz de Priena...; en realidad, lugares de encuentro por los altos en el límite de los pastos, de las vertientes divisorias entre parroquias... En estos puntos se reunían los pastores que procedían de mayadas distintas, y se daban novedades de sus respectivas zonas: animales extraviados, enfermos, heridos...; algo imprescindible décadas atrás, sin móvil, sin todoterreno..., cuando para informarse de un lugar había que llegar a pie. El intercambio de noticias al atardecer entre vecinos suponía la buena convivencia y la salud (física, social, moral...) de los nativos lejos de casa.

14.2. La cooperación vecinal, inevitable en los altos

Porque las mismas brañas y mayadas suponían verdaderos poblados de verano con rígidas normas consuetudinarias para la convivencia de ganados y pastores, familias enteras destinadas a entenderse con mejor o peor ceño: La Braña, Brañes, La Mayada, Les Mayades..., que hay a cientos por Los Picos. Hasta tenían sus zonas de ocio y todo: La Bolera, El Jou la Bolera, que no solía faltar para los escasos tiempos de relax de las cabañas. Adolfo García (2008, 274 ss.) analiza en profundidad esta vecindad tradicional en la sociedad rural asturiana.

Otros lugares son ya más anecdóticos y difíciles de justificar: El Cuetu las Mentiras (en el camino de Poncebos a Tielve); La Posa'l Tabaco (de Mildón a Oceño); El Toyu Tabaqueru (bajo Cuvicente). Lugares de descanso en caminos principales, con funciones comunicativas, informativas, semejantes. Los hay en cualquier toponimia parecidos: en la ría galega de Noia encontramos O Ponto do Engano, que su leyenda habrá desarrollado también.

Hasta el aprovechamiento de los productos en los sembrados que rodean los pueblos se hacían en común: La Ería Conceyedu sería un buen ejemplo (la zona de sembrados en conceyu, en *concilio, conciliados*, a la hora de sembrar, pasar por las calzadas, recoger los frutos). Como La Cortina, La Ería, L'Eru..., y tantos cientos con la misma referencia comunal.

En fin, concluyendo estas reflexiones, deducimos, una vez más, que tras las palabras de los pastores vamos entendiendo un poco mejor el lenguaje toponímico en torno a Covadonga, Picos, la dura vida en las

montañas asturianas. La vida misma de la montaña en su conjunto. Sentidos, sentimientos, latidos humanos y destellos divinos, se fueron tejiendo a su modo sobre este rico mosaico paisajístico, ya desde los preindoeuropeos al dos mil. Leerlo, interpretarlo, respetarlo, difundirlo, puede resultar una ocasión más para seguir proyectando en el espacio y en el tiempo nuevos senderos, entre las mayadas y los riscos de las montañas también.

Referencias bibliográficas y otras obras de consulta

ADRADOS, Miguel Ángel (1996, 1997, 1998): Mapas: El Cornión, Picos de Europa... Adrados Ediciones.

BALLESTEROS VILLAR, Francisco (2003). *Pastores y majadas del Cornión*. Ed. Everest. León.

BAUDELAIRE, Charles (en webgrafía): <http://javierriera.es/texts/acoplamiento-contra-natura/?lang=en>

BEROT, Marcellin (2002). *La vi des hommes de la montagne dan les Pyrénées racontée par la toponymie*. Parc National des Pyrénées. Éditions Milan.

BLÁNQUEZ, Agustín (2012, 5ª edición): *Diccionario latino-español*. Madrid. Editorial Gredos.

CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio (2002): "Toponimia y poder religioso". Rev. *LUCUS*, nº 3 (ASACRE), pp. 41-77.

CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio (2007) *Diccionario etimológico de toponimia asturiana*. Oviedo. Editorial KRK..

CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio (2014) "Toponimia, leyenda y mito: la reconstrucción literaria oral de un paisaje". *Etnografía y folklore asturiano: conferencias 2011-2012* (pp. 81-135). Oviedo. Edita Real Instituto de Estudios Asturianos. RIDEA. Principado de Asturias.

CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio (2016): "La toponimia sagrada de Los Picos: del Monte Vindio a Covadonga por las sendas de las palabras que cuelgan de Peña Santa (en prensa).

GARCÍA ARIAS, X. LI. (2005). *Toponimia asturiana. El porqué de los nombres de nuestros pueblos*. Oviedo. Editorial Prensa Asturiana.

GARCÍA MARTÍNEZ, Adolfo. (2011) *Antropología de Asturias, II. El cambio: la imagen invertida del otro*. Oviedo. KRK Ediciones.

GONZÁLEZ, José Manuel (1957): "El Guoy Muortu, estudio toponímico". Oviedo. En *Archivum*, t. VII (189-204).

GONZÁLEZ PRIETO, Luis Aurelio (2010): *25 Rutas mineras por Asturias y Cantabria. Cuenca central asturiana y Picos de Europa*. Madrid. Ediciones Desnivel.

LUEJE, José Ramón (1968). *Los Picos del Cornión (Cumbres de Reconquista)*. Ed. La Industria. Gijón.

LUEJE, José Ramón (1973) *Los Picos de Europa*. Editorial Everest. León.

MAÑANA VÁZQUEZ, Guillermo (1994). *En torno a La Peña Santa*. Ed. Caja de Asturias.

MAÑANA VÁZQUEZ, Guillermo (2003). *La Garganta del Cares*. Ed. Caja de Ahorros. Oviedo.

MARTINO, Eutimio (1996). *En torno a Los Picos de Europa. Nombres del agua. Nombres de lugar. I. El relevo latino*. León. Gráficas Sorles.

PARET, Lotte. (1932, reed. de 2008). *Arrens 1930. Les mots et les choses. La vi rurale d'une commune des Hautes-Pyrénées décrite d'après le vocabulaire du dialecte local*. Uzos. Société d'Études des Sept Vallées. Association Guillaume Mauran.

ROBERTS, Edward A.; PASTOR, Bárbara (1996). *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*. Madrid. Alianza Editorial.

RODRÍGUEZ-VIGIL RUBIO, J. L. - RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, R. (2003): *Geografía sagrada de Asturias*. Oviedo. Ed. Cajastur.

SEGURA MUNGUÍA, S. (1985). *Diccionario etimológico latino-español*. Madrid. Anaya.

SEVILLA RODRÍGUEZ, M. (1979). "Vestigios toponímicos de culto a Taranis en Asturias". *Beiträge zur namerforschung Band, 14.- Helft, 2*.

SEVILLA RODRÍGUEZ, Martín. (1979). "Topónimos asturianos de origen indoeuropeo prelatino". Rev. BIDEA, nº 96-97 (pp. 153-180).

SEVILLA RODRÍGUEZ, Martín. (1980). *Toponimia de origen indoeuropeo prelatino en Asturias*. Oviedo. IDEA.

SEVILLA RODRÍGUEZ, Martín (1993). "Mons Vindius". Gijón. Rev. Torrecedo, pp. 51-52.

SORDO SOTRES, Ramón (2005). *Toponimia de Asturias, Cantabria y León*. Gijón. Colección El Juguero.

VIAL, Éric (1983). *Les nomes de villes et de villages*. Paris. Éditions Belin.